

Ahmed ESSOP, *Dos hermanas*

Traducido por Sabrina Solar Solórzano
Universidad de Valladolid

INTRODUCCIÓN A LA OBRA Y AL AUTOR

Ahmed Essop (1931-), novelista y escritor de cuentos sudafricano, nació en Dahbel, cerca de Surat, en India. Se trasladó a Sudáfrica de niño en 1934, donde estudió en la Universidad de Sudáfrica e impartió clases en varios colegios de Johannesburgo, para más tarde dedicarse sólo a escribir y a retratar de manera única la vida y las experiencias de la población de origen indio de la República de Sudáfrica. Su ficción se caracteriza por combinar una gran variedad de registros y se sitúa casi por completo en Johannesburgo, normalmente en las zonas habitadas por dichos descendientes de emigrantes de la India asentadas en las poblaciones de Fordsburgo, Vrededorp y Lenasia, creada esta última en los tiempos del apartheid, todas ellas dentro de la gran área metropolitana de la gran capital económica y de las minas de oro del norte de Sudáfrica. Este autor comenzó su carrera literaria con la publicación de un volumen de poesía: *The Dark Goddess* (1959). Sin embargo, en su trayectoria profesional destacan tres volúmenes de novelas y narraciones breves: *The Hajji and Other Stories* (1978), ganador del Premio Olive Schreiner otorgado por la English Academy of Southern Africa, *Noorjehan and Other Stories* (1990) y *The King of Hearts and Other Stories* (1997). Entre sus novelas también se encuentran otros títulos muy celebrados como: *The Visitation* (1980), una novela de carácter satírico sobre un mercader rico, Emil Sufi, que deja de tener obsesiones materiales tras sufrir una serie de experiencias dolorosas y *The Emperor* (1984), la cual narra de forma tragicómica las idas y venidas del director de un colegio indio de Sudáfrica que se verá destrozado por un autoritarismo que se alimenta del exceso de burocratización generado por el régimen político del ya mencionado apartheid. El cuento “Dos hermanas” pertenece a la colección de narraciones del año 1978: *The Hajji*.

DOS HERMANAS

–Cuando querer bañarme entonces ellos querer bañarse, cuando querer ir baño entonces ellos también querer ir al baño. Sen tan egoístos en todo lo que hacen... Mi madrastra y mi padri simplemente se encierran en la habitación, a veces durante todo el día. No sé qui hacen ahí dentri. No hay comida en casa y si hay, entonces tenemos que cocinar. Y después salen de su habitación y se comen toda la comida.

–¿Por qué no hablasteis con vuestro padre?

–No nos escucha desde que casó esa mujer. Él es buen hombre, pero cuando casó con esa mujer toda su amabilidad desapareció. Ella le mimaba y él ya no preocupa por nosotras. Entonces le digo a mi hermana Habiba que teníamos que ir. ¿Verdad, Habiba?

– Así es.

– Un amigo nos dijo que había sitio en esta vecindad. Así es como llegamos aquí.

Rookeya estuvo hablando conmigo y con mi amigo Omar. Las dos hermanas causaron expectación el día que llegaron a vivir a la vecindad. Llevaban vestidos en forma de túnicas con *ijars* (pantalones). Pero no había nada de raro en esto. Lo que era raro era el color de su pelo. Lo llevaban teñido de rubio. Se las veía bastante raras con el pelo rubio ya que no pegaba con los rasgos orientales. Las dos eran muy velludas y libraban una constante batalla con el pelo en su cara. “Su vellosoidad” dijo mi amigo Omar, “indica que son chicas en edad de merecer”. Rookeya estaba en la treintena y Habiba tenía unos pocos años menos.

Después de un tiempo cambiaron su forma de vestir. Por cosas de mujeres o de la moda, las dos hermanas se deshicieron de sus prendas orientales (para consternación de Aziz Khan) y empezaron a llevar ropa occidental.

Omar y yo pronto empezamos a hacer el amor con las dos hermanas. Yo me quedé con la más joven, Habiba. Por nuestra parte no hubo una intención clara: empezamos a rondarlas atraídos por ellas y nos permitimos la frivolidad de hacer el amor sin detenernos a pensar en las consecuencias.

Descubrí que Habiba era una mujer que hacía todo a trompicones, como si su cuerpo fuera un juguete mecánico al que se le da cuerda. Iba dando saltos al andar como un juguete. Miraba a la izquierda, luego a la derecha y de vez en cuando miraba atrás como si temiera que la persiguieran. Sus brazos estaban doblados casi en un ángulo de noventa grados y pisaba el suelo como si estuviera pisando una cama de clavos. Cuando la besaba tenía la extraña sensación de estar besando un esqueleto móvil.

Después de algún tiempo Omar y yo nos cansamos de la compañía de las dos hermanas. Libres de nosotros se engancharon a otros hombres.

Por la mañana se las veía salir de su apartamento, pulcramente vestidas y bajaban las escaleras, Rookeya siempre delante de Habiba, como protegiéndola. Iban a la calle principal para coger el tranvía e ir al trabajo. Las dos hermanas trabajaban como dependientas. Volvían a última hora de la tarde, preparaban la comida, comían, lavaban los platos y se vestían, a veces con saris relucientes y esperaban. Siempre venían hombres a buscarlas y se las llevaban en coche.

La actitud de las mujeres en la vecindad hacia las dos hermanas iba desde un frío desprecio hasta la más completa hostilidad. A los casados de la vecindad, vigilados por sus mujeres, les era imposible acercarse a ellas, pero los solteros revoloteaban a su alrededor a pesar de la profecía de Aziz Khan de que “las hermanas y sus amantes irían de la mano al infierno”.

Los sábados por la tarde y los domingos por la mañana se podía ver a las dos hermanas inclinadas sobre el balaústre de hierro del balcón, vestidas con pantalones cortos o minifaldas, hablando con un grupo de jóvenes reunidos debajo y se reían siempre que alguno hacía un comentario subido de tono o contaba un chiste.

Y entonces, como cualquiera podría haber predicho, sucedió que las dos hermanas fueron fecundadas. Al principio se alarmaron e hicieron acusaciones al azar. Omar fue uno de los acusados por Rookeya de ser el responsable de dejarla embarazada.

Ella me mandó llamar.

– Por favor decir a Omar que estoy embarazada y él es el padre del niño. Me caso con él cuando sea. Tengo miedo de decírselo porque es un poco joven.

– ¿Y cómo lo sabes?

– Las mujeres sabemos quién es el padre. ¿No es así Habiba? –le dijo.

– Así es.

– Habiba, ¿quién es el padre de tu hijo?

– Es Hamid Majid, de Newtown. Tiene una tienda.

– ¿Y él lo sabe?

– Ya le he dicho lo del niño, pero dice está casado y tiene seis hijos.

Dice que va a cuidar del bebé.

– Tienes suerte.

– Yo también tengo suerte –dijo Rookeya sonriendo.

Me fui para comunicarle a Omar la paternidad que le atribuían.

– ¿Cómo sabe esa mujer que yo la dejé preñada?

– Intuición femenina quizá.

– Se cree que soy un payaso.

Omar se negó a dar la cara con Rookeya. Temía que tuviera alguna prueba irrefutable. ¿Qué dirían sus padres? ¿Y la gente? ¡El padre del hijo de una ramera! Sería el hazmerreír de todos los niños de la escuela. Sus profesores le pondrían como ejemplo de un joven degenerado.

Después de unos días decidió enfrentarse a Rookeya y “dejar las cosas claras” con ella. Discutieron. Hubo “lágrimas, rabietas e histeria” (según Omar) pero no se aclaró nada.

Rookeya mandó que me llamaran otra vez. –Dile a Omar que el bebé es mío, yo le hice y ningún hombre le hizo. Dile a Omar que le quiero y que no se preocupe.

– ¿Pero seguro que el niño debe tener un padre?

– Mi niño no necesita un padre. El bebé me ha dicho que ser contento no quiero padri. Lo siento dentro de mí. Mi propio padri no se ocupó de nosotras, por lo tanto mi bebé no necesita padre.

– ¿Y Habiba?

– Habiba tampoco está preocupada por el padre del bebé. ¿No es verdad Habiba?

– Cierto.

Y a medida que los días pasaban los vientres de las dos hermanas se iban hinchando. Esto provocó la ira y la moralidad de la gente de la vecindad se sintió ultrajada por lo que estaba pasando.

– Buen ejemplo dan nuestras jóvenes–dijo la señora Musa a mi casera.

– ¿Es que no ven que tengo hijas en edad de madurar?

– Afortunadamente no tengo chicas de las que preocuparme.

– Tengo que decirle a mi marido que haga algo. No puedo vivir al lado de dos embarazadas solteras. Y mi hija la mayor es muy amiga de ellas.

La señora Cassim, que era medio china dijo –Mi madre solía decirme que en China las mujeres solteras nunca se quedaban embarazadas.

– Estuvo de acuerdo Halima, la mujer malaya. –Incluso en Ciudad del Cabo las mujeres se comportan mejor; salen con hombres pero saben comportarse.

– Me pregunto cómo se las apañaron para quedarse embarazadas a la vez –dijo la señora Cassim.

– A lo mejor un hombre durmió con las dos la misma noche, –sugirió mi casera –y durante un momento se olvidaron de la seriedad de la discusión entre carcajadas.

– Practican la poligamia –dijo Dorothy, la mujer del constructor Solomon, intentando provocar otra carcajada.

– Perdone usted, señora Solomon. –La señora Musa replicó, enfadada porque siempre estuvieran malinterpretando su religión.

–Eso no es poligamia, no están casadas con ningún hombre.

Hajji Fatima, que había estado en la Meca el año anterior, dijo que en un país islámico como Arabia, las dos mujeres habrían sido lapidadas.

– Deberían amputarles sus partes pudendas –dijo Dorothy (era una ávida lectora de novelas baratas), y aunque nadie hubiera oído esas palabras antes, entendieron lo que ella quería decir. Pero eso era algo demasiado sangriento de contemplar. La lapidación sonaba a algo más decente y limpio.

Mientras que otras mujeres hablaban, la mujer de Aziz Khan decidió actuar. Una tarde salió silenciosamente de su casa, miró hacia arriba en dirección al apartamento de las dos hermanas y se detuvo al principio de las escaleras. La excitación estalló en la vecindad y la gente se empezó a congregarse alrededor de ella. Cuando llegaron las dos hermanas, ella examinó sus prominentes barrigas, escupió y gritó: –¡Ay mujeres musulmanas! ¡Ay mujeres musulmanas! ¡Qué habéis hecho! ¡Qué habéis hecho! ¡Oh, Alá castiga a las mujeres que se llaman musulmanas y pecan delante de ti! ¡Oh musulmanas cuán bajo habéis caído! Se tiró al suelo y lloró. Las dos hermanas la miraron con miedo, se subieron a su apartamento rápidamente y cerraron con llave.

Hubo algo tan dramático en la actuación de la señora Khan que las tinieblas se extendieron por la vecindad. A los niños se les decía constantemente que se callaran. La gente salía de sus casas y miraba el apartamento de las dos hermanas como si algo trágico estuviera ocurriendo ahí dentro.

Aziz Khan, un hombre basto y delgado con ropa demasiado grande, con la cara de un bebé rechoncho, nos dijo: –Si tuviera tiempo escribiría un libro sobre las viles actividades de las dos hermanas. Ellas ejemplifican la degeneración moral por excelencia en la que los musulmanes de hoy en día están cayendo. Deberían ser encerradas en prisión y dejarlas morir de hambre.

Cuando alguien sugirió que no eran las únicas responsables de su embarazo, él contestó: – ¿Estás sugiriendo que fueron incapaces de guardar sus partes privadas más secretas? El Islam nunca habría alcanzado su inefable altura si hubiese permitido a sus hijas correr libremente, para abandonarse a todo tipo de actos de concupiscencia.

Después de unos meses las dos hermanas dieron a luz dos niñas. Hubo mucho cotilleo en el patio de vecinos sobre el nacimiento de los bebés. Algunos lo sentían por los bebés y deseaban

adoptarlos. Otros sugirieron dárselos a comer a los carnívoros del zoo y otros querían prender fuego al apartamento.

Aziz Khan pensó que había llegado la hora de actuar y que las dos hermanas y sus bebés debían ser expulsados de la vecindad –, ya que su continuada permanencia, era una amenaza para la fibra moral de la gente que vive en la vecindad y una mancha para el honrado nombre y la fama de nuestra religión y nuestro sagrado Profeta–.

Primero se fue a ver al gángster Gool, acercándole a su casa inmediatamente después de las oraciones del mediodía del viernes. Pero Gool, quizá más interesado en satisfacer su hambre que en encontrarse con esa charla moral odiosa, enérgicamente se deshizo de él, cerrando la puerta con desprecio.

Su siguiente llamada fue a Molvi Haroon, Imán de la mezquita de Newtown y líder de la Academia Islámica. Abdulla, un discípulo de Aziz Khan, le acompañó y nos informó sobre la entrevista.

– Aziz Khan informó al tal Molvi del serio problema moral al que nos enfrentábamos ¿y sabes lo que dijo? ¡Dijo que el castigo para las dos mujeres descansaba en las manos de Alá! Aziz, indignado por su cobarde manera de lavarse las manos le llamó “enano idiota”. El tal Molvi agarró su bastón y Aziz le dio un puñetazo con su puño izquierdo. Yo saqué a Aziz a rastras de la casa.

La siguiente llamada de Aziz Khan fue al señor Joosub, el casero de los pisos de la vecindad. El señor Joosub era un excéntrico que siempre iba vestido con un *koortah* (blusón blanco de algodón), incluso en los días fríos. Llevaba la cabeza siempre afeitada y la barba poblada y larga. Estaba obsesionado por la religión y rezaba a Alá en cualquier parte, incluso en los cruces de la calle. Una vez, durante un festival del Eid (fiesta que indica el final del Ramadán), vino a la vecindad con un mono. El mono llevaba puesto un fez rojo con una borla atada a la cabeza. –¡Este mono musulmán! ¡Este mono musulmán! –Gritó a los espectadores, especialmente dirigiendo sus observaciones a los sirvientes. –Pero vosotros no musulmanes, vosotros no musulmanes. –Luego esparció puñados de monedas, que resultaron ser céntimos.

El señor Joosub expresó su buena voluntad al aceptar desahuciar a las “dos putas” de la granja. Lo iba a hacer personalmente. Él era el rey de varias vecindades en Fordsburg y no toleraría la presencia de “putas” en sus propiedades.

Vino un domingo por la tarde en su Mercedes con chófer. Se quedó de pie al borde de las escaleras que se dirigían al apartamento de las dos hermanas e hizo varios gestos pugilísticos amenazantes. La gente se congregó alrededor de él muy alterada.

Subió las escaleras con esfuerzo, respirando fuerte y sujetándose al balaustre. Cuando llegó al rellano se paró a descansar unos minutos. Las hermanas estaban de pie cerca de la entrada. Primero se acercó a Rookeya y la abofeteó sonoramente en la mejilla, gritando: –¡Cerde! ¡Putá! ¡Cerde! –en gujarati. Habiba, que intentaba escapar de él, al pasar, recibió un golpe en la cabeza. Se cayó y casi rueda escaleras abajo. El señor Joosub entonces entró en el apartamento. Las dos hermanas, temblando de miedo, fueron hacia la puerta a ver qué haría él a continuación. Pronto apareció en la entrada, agarrando un hornillo con las manos, el artilugio de latón destellando al sol, y lo lanzó por

encima del balaústre. Cayó con un sonido metálico fuerte y varias partes se rompieron con el impacto. Después una silla cayó violentamente, seguida de un tiesto y una bañera. Otros artículos de la casa siguieron sucesivamente ya que el furor de la destrucción se apoderó del señor Joosub: vajilla, mantelería, ropa. Las dos hermanas, asustadas, impotentes, se apartaron de la puerta de entrada cuando el casero entró al apartamento y le dejaban paso como autómatas cuando él aparecía con algún objeto.

Entonces, de repente, Rookeya y Habiba se pusieron a gritar cuando el señor Joosub apareció en la entrada, llevando a uno de los bebés. Ellas se abalanzaron sobre él. El señor Joosub intentó defenderse de ellas con una mano, mientras con la otra apretaba al bebé que chillaba. Llegados a esta fase, Solomon se hizo paso entre la gente y subió las escaleras. Cuando llegó al descansillo amablemente apartó a las hermanas, agarró al señor Joosub por el cuello, le sacudió, cogió el bebé y se lo dio a su madre, luego dio un fuerte empujón al señor Joosub contra el marco de la puerta de modo que su cara se golpeó dolorosamente contra él. Agarrando con firmeza al señor Joosub le arrastró por las escaleras. Cuando llegaron al suelo, la gente se apartó y los niños empezaron a aplaudir. Solomon llevó al señor Joosub hasta su Mercedes, abrió la puerta y sin ningún miramiento le empujó dentro del coche. El chófer, sabiendo su obligación, dio marcha atrás fuera de la vecindad y se alejó.

No vimos al señor Joosub durante algún tiempo. Pero las hermanas decidieron que era peligroso vivir en dependencias que pertenecieran a un loco. Encontraron otro apartamento en Newtown y se mudaron.